

tan resplandeciente de luz interiormente, y resaltaba mucho el contraste entre aquella iluminación deslumbradora del templo y las densas tinieblas que comenzaban á envolver las tumbas del cementerio. Hacía reflexionar como un simbolismo la diferencia entre la iglesia, mansión de la esperanza, antesala de la gloria, y el camposanto donde yacían los que fueron, el polvo, quizás la nada: luz y sombra. Así pensó por un instante Felipe de Mantua; pero muy luego se rehizo, desechó tales ideas como indignas de su valor y de su resolución, sonrió sarcásticamente, fijó su mirada insolente en la puerta abierta del templo, y después la bajó hacia las sombrías losas funerarias.

—¡Hermoso día—dijo—para Aurora y Lagardère! ¡Triste y sombrío para mí!... ¿Quién triunfará?... ¡Eh, caballeros! Ya es la hora. A vuestros puestos.

Uno á uno los enrodados fuéronse internando en el cementerio. Peyrolles iba el último. Poco después salió Gonzaga, cerró la puerta, dando dos vueltas á la llave, y guardó ésta en el bolsillo. Dirigióse á uno de los mendigos, un joven que se fingía cojo, y habló un cuarto de hora con él, dándole al final de la conversación algo: era el último luis de oro que quedaba al opulento Príncipe. Luego le entregó los dos billetes que escribiera pocas horas an-

tes. El posdiosero se deslizó dentro de la iglesia.

Oyéronse los pasos de una compañía de guardias francesas.

Mantua se internó en las tinieblas del cementerio y se apostó detrás de la tumba de Felipe de Nevers, su víctima.

VI

A la boda

Al separarse del Regente en las Tullerías, Lagardère y Chaverny volvieron rápidamente y en silencio á casa, henchidos sus corazones de júbilo.

En vano Aurora quiso acostumbrarse á aquella existencia; no era ya la chiquilla que vivía con el maestro Luis en la calle del Chantre; á la sazón sabía la terrible lucha en que estaba empeñado su novio, conocía á sus temibles enemigos y experimentaba indescribibles angustias cada vez que Enrique salía del palacio.

En la soledad de su cámara, donde complaciase en confinarse, no tenía otro consuelo que sus tórtolas, de las cuales había cuidado la señora Francisca, mientras la joven estuvo por España en poder de Gonzaga. Se acercó á la



... y se apostó detrás de la tumba de Felipe de Nevers,
su víctima,

jaula en la que se arrullaban las gentiles aves
y se puso á cantar con voz empañada de
lágrimas:

I

«Las sombras de la noche
acorrando al sol,
empujan á Occidente
su carro de arrebol.
¡Saludad, avecillas,
su último fulgurante resplandor!
Hermosas tortolitas
que cantáis, arrullando vuestro amor,
á los rayos postreros
del ya poniente sol:
¡Saludad con arrullos
del sol poniente el áureo resplandor!»

Se interrumpió un momento contemplan-
do los juegos de la gentil pareja alada que pa-
recía picotearse, y luego prosiguió su canto en-
tonando con su armoniosa voz y melancólica-
mente la siguiente estrofa:

II

¡Qué hermosa pareja
que formáis las dos!
Estar siempre unidas
la dicha es mayor
para los que se aman
con sincero amor.

Yo, como vosotras,
prisionera estoy,
y también bendigo
mi amada prisión.

Hermosas tortolillas
que cantáis, arrullando vuestro amor,
á los rayos postreros
del ya poniente sol:
¡Saludad entusiastas
del sol poniente el áureo resplandor!

Cuando regresó Enrique hallóla escribiendo otra página de sus Memorias, y se inclinó para leer por sobre su hombro. La joven no hizo ninguno de esos movimientos habituales en las solteras que confían al papel sus sentimientos más íntimos y sus más gratas esperanzas.

Había emborronado las páginas de su diario para él y solo para él, y no podía oponerse á que las leyera.

No hizo más que suspender la frase y levantar la cabeza, presentando su cándida frente á los labios de su novio.

Éste la besó y leyó aquella página, cuya tinta estaba todavía fresca; Aurora decía así:

«No sé por qué experimento tantas ganas de llorar. Enrique estaba á mi lado hace un momento y volverá muy en breve. ¿No es bastante felicidad tenerlo junto á mi todo el día y leer su amor profundo, sincero, infinito

en sus ojos, cuyas pupilas retratan mi imagen...?»

»Y sin embargo no estoy tranquila. Es en vano que me diga á mí misma: «Enrique es un héroe y los héroes no mueren»... no tardo en reconocer lo infantil de mi razonamiento y las lágrimas acuden en raudales á mis ojos.

»No tengo razones para llorar, pero no puedo reprimir el llanto. Mi confianza en él es tan absoluta, que de todo he dudado menos de él, en este mundo que tantas lágrimas me ha hecho verter. Tal confianza me inspira, que nunca se me ha ocurrido preguntarle cuándo bendicirá Dios nuestra unión. Verle, hablarle, sentirle cerca de mí, poder decirle que le amo es todo cuanto necesito para ser feliz. Y esto lo tengo.

»No obstante, á veces me asaltan negros sentimientos que me oprimen el pecho y hacen asomar el llanto á mis ojos. En cambio, hay ciertos momentos en que me siento, sin saber por qué inundada de júbilo; parece que una felicidad imponderable, inmensa, se cierne sobre mí y que van á acabarse para siempre las penas... ¿Cuándo? No sé... Quizás pronto...»

Ahí se había detenido la joven; cuando la hubo leído el Conde, cogió la manita delicada con que su novia empuñaba la pluma y guián-

dola como se hace con los niños, la obligó dulcemente á continuar así:

«Pronto; tal vez esta misma noche... Si; esta noche Enrique y yo. estaremos irrevocablemente unidos ante Dios y ante los hombres.»

Un grito de júbilo subió del corazón á los labios de Aurora, que preguntó balbuceando y como si no pudiera creer tamaña dicha:

—¿Es verdad, Enrique?... Di... ¿no me engañas para consolarme?... ¿No es una ilusión?... ¿He oído bien?...

—No es ilusión; es realidad, Aurora. Te lo juro.

—¡Oh, repítemelo!... ¿Esta noche?... ¿Esta noche misma?... ¿Dentro de algunas horas nada más?... ¿No has dicho mañana?...

—No; esta misma noche, hija mía. El Rey lo ha dispuesto así... A las seis estaremos juntos ante el Altar mayor de Saint-Magloire y á nuestro matrimonio nos hará la insigne honra de asistir Su Majestad Luis XV.

—¡A las seis!... ¡Si me parece un sueño!... ¡A las seis de esta tarde!... Confiesa que es extraordinario... ¿Es un sueño?...

—Un sueño... para mí solo, Aurora... Por tu nombre, por tu alta cuna, por tu gerarquía social podrías esperarlo todo... ¡Pero yo!... ¿Podía figurarse nunca el jorobado del palacio

de Gonzaga que había de llegar un día en que poseyera tu corazón?

—¡Oh, sí! Mi corazón, ¡por entero!

—Ya lo sé... Pero, para pagarte, ¿será bastante consagrarte una existencia entera de abnegación y de amor?... Monseñor el Regente me ha hecho Conde, á mí, hidalgo sin ascendientes ni pergaminos... Me ha llamado primo, pero lo ha hecho por honrar la memoria de tu ilustre padre, Felipe de Lorena, duque de Nevers; por honrar su noble memoria, el Rey, el duque de Orleans, los príncipes, los ministros y los cardenales, los mariscales de Francia, la más alta aristocracia del reino, se inclinarán ante tu frente virginal y tus galas de desposada. Y yo, adorada mía, sólo te veré á ti, porque para mí solo existe en el mundo, fuera de Dios, un ser: tú, mi Aurora.

Miráronse intensamente olvidando las pasadas luchas, los remotos pesares, en mudo éxtasis. De pronto una pregunta subió á los labios de la doncella, pero antes de formularla la respondió él:

—No temas, mi amada Aurora. La hora está al caer. Cumpliré mi juramento.

Por su parte Chaverny apresuróse á buscar á Flor para comunicarle la grata nueva. La halló en el parque al fin, y si no tuvo que acabar una frase de sus Memorias, fué porque

la española, práctica sobre manera, se guardaba bien de confiar á testigo tan indiscreto como el papel el secreto de su corazón.

¡Qué diferencia entre el marquesito frívolo y endemoniado de antes y el serio y leal de ahora! En la escuela de Lagardère, maestro sin par, habíase convertido en un caballero intachable, más severo aún consigo mismo que con los demás. En los hermosos ojos negros de doña Cruz, la amiga de Enrique, la hermana de Aurora, había leído el secreto de una felicidad que no hubiera logrado vislumbrar nunca de continuar arrastrando su vida á remolque de Gonzaga. Por lo mismo que había lidiado á favor del crimen, habíase hecho más leal. Por haber bebido en el cieno estimaba más la pureza y diafanidad del agua clara y cristalina. El marquesito no era uno de aquellos enrodados insolentes, batalladores é inútiles que hormigueaban por París en la época de la Regencia. Aristócrata de conciencia pura, de brazo sólido, de juicio recto y convicciones arraigadas, noble de abolengo, decía á quien quería oírle, prescindiendo de su orgullo de petimetre:

—El Conde de Lagardère me ha detenido al borde del abismo... Mi más preciado timbre de gloria es ser su amigo.

No estaba Cruz, la primorosa y gentil gita-

nilla española que se había convertido poco menos que en otra hija de Nevers, menos ufana de aquella transformación de su novio.

Lagardère llevó á su amada al jardín, tratando de atenuar su emoción, distrayéndola, y las dos parejas se reunieron. Las amigas abrazáronse ébrias de júbilo y sin acertar á decir otras palabras que los nombres respectivos. Todo su júbilo interno se traducía así por la aproximación de sus cabezas, radiantes de ventura é igualmente adorables, por el contacto de sus pechos, dentro de los cuales palpitaban acelerados, pero al unísono, sus nobles corazones. El Conde y el Marqués las sustrajeron á aquel transporte, recordándolas que había que comunicar la feliz noticia á Madame de Nevers.

—No seamos egoístas—dijo Enrique gravemente.—Otras personas tienen el derecho de asociarse á la felicidad que nos espera. Vamos á dar á tu madre, Aurora, la gran noticia.

Ligeras y con los corazones rebosando ventura las jóvenes se adelantaron. Enrique y Chaverny apenas podían seguirlas. Penetraron como una tromba en el oratorio, donde rezaba arrodillada la duquesa viuda, y Aurora, precipitándose en sus brazos y cubriéndola de besos balbució:

—¡Madre! Da tregua á tu dolor para compartir el júbilo de tus hijos.

—¿Qué quieres decir, hija mía?

Lagardère se inclinó profundamente y besó la mano de la dama.

—Madre—dijo respetuoso y sumiso;—si me creéis hoy como el día en que vos misma la condujisteis á esperarme al pie del altar, digno de ser su esposo, os ruego que la volváis á acompañar esta noche á las seis á Saint-Maigloire, donde Su Majestad el Rey acudirá á ser testigo de nuestro matrimonio.

Madame de Nevers miróle con cariño maternal: la expresión de tristeza estereotipada en las nobles facciones de la viuda desapareció por un momento.

—Hijo mío, hoy, como ayer y como mañana, sois el guardián de mi querida Aurora. Hace veinte años que la puse en vuestros brazos, sin conocerlos... Desde el cielo, Felipe me ve y se une á mí para decir: Conde, nadie más digno que vos de asegurar la felicidad de esta niña. Os la otorgamos de todo corazón.

Y uniéndolos en un abrazo, les besó la frente.

—No he dudado un momento de que vuestras promesas fuesen sagradas. Pero temo pasar á vuestros ojos como un fanfarrón cuyas amenazas no deben tomarse en serio. Juré vengar á Nevers, y Gonzaga vive aún.

A la evocación del nombre maldito, la duquesa se estremeció y palideció todo cuanto

puede palidecer un semblante marcado durante muchos años con el sello del dolor.

—Enrique—contestó,—he aprendido muy bien á conocerlos para dudar. Os doy crédito de su vida por el plazo que queráis, bien segura de no tener jamás que recordaros vuestra promesa... Mi causa y la de Aurora, están de hoy más en vuestra mano.

Aurora se colgó al cuello de su madre, y exclamó:

—Eso mismo me acaba de decir él mismo, madre. Ten confianza en él. Las amenazas de Enrique no son nunca vanas. Gonzaga recluta diariamente nuevos aventureros, comprobando, no sin espanto, los huecos que la muerte hace en sus filas. ¡Ah! Créeme. Ese terror cotidiano es para el Príncipe cien veces peor y más martirizador que un fin rápido, y estoy íntimamente convencida de que más de una vez habrá llegado á desear la muerte.

—Tenéis razón. El que padece es un suplicio superior á las fuerzas humanas... Quizás esta misma noche, para poner término á su indecible angustia, venga á desafiarme, aun delante del Rey... Si la sangre de Felipe de Mantua manchase vuestro traje de novia, ¿lo creeríais un funesto presagio?

Mademoiselle de Nevers irguió altivamente la cabeza.

—Si fuera así, mañana mismo llevaría mi vestido blanco como ex-voto á la iglesia de Saint-Magloire, exclamando: ¡Alabado sea Dios; se consumó su justicia!

—No expongáis vuestra vida esta noche, hijo mío. Sin embargo, si el asesino osara atacaros, matadle, aunque se tiña con su sangre el traje de novia de mi Aurora, y aunque tuviéseis que tenderlo expirante sobre la tumba de su víctima.

Poco después, en el amplio salón del palacio un vasto círculo rodeaba á la princesa, que solemnemente, con una sonrisa de dulce y melancólico júbilo, noticiaba á todos el doble matrimonio que se celebraría aquella misma noche, por orden del Rey.

Melania fué la primera que se acercó á besar y felicitar á Aurora; después tocóle el turno á Jacinta, y luego los sirvientes más antiguos y fieles, como Magdalena Giraud y la vieja Francisca, cuyo hijo estaba muy ufano, creyendo firmemente que él, con ayuda de Petronila, había contribuido en mucho á tan feliz desenlace. Navailles, Laho y los demás felicitaron á su vez á los novios. El júbilo de Cocardasse rayaba en delirio.

—¡Voto á Sanes, pequeño!—decía al normando.—¿No te dije que estaríamos de boda? ¡Caramba! ¡Ah! ¡Cuernos de Lucifer! ¡Habrá

que festejar el acontecimiento bebiendo en grande!...

—Por esta vez, Cocardasse, no trataré de poner coto á tus libaciones, pues me han dicho que en Bretaña se amengua mucho la dicha de los novios si no hay en la boda, por lo menos, un buen bebedor.

—¡Ah, qué hermoso país! Por la felicidad del parisencito, Cocardasse sería capaz de embriagarse como un lansquenete.

La alegría de Passepoil tenía un tinte melancólico; se alegraba mucho de que Lagardère y Chaverny se casaran; pero, ¿y él mismo? ¿Cuándo le llegaría la vez? Y pensaba en Maturina...

Por orden de la duquesa, el antiguo palacio tanto tiempo triste y sombrío, con sus ventanas herméticamente cerradas, cambió de aspecto al abrirse los postigos, que dejaban penetrar los rayos del sol y parecían difundir al exterior algo de su alegría.

Con efecto, examinando atentamente las casas obsérvase que cada una tiene su fisonomía propia, la cual revela el carácter de sus habitantes. Llegada la hora de la resurrección, aquel palacio, convertido en la tumba del dolor de una viuda, podía abrirse, como su corazón, al reflejo de las alegrías exteriores.

Por fortuna para sus habitantes, no se le

ocurrió á Gonzaga dar un golpe entonces. Favorecido por la emoción y el aturdimiento de aquella hora de júbilo, hubiera podido penetrar sin obstáculos en el palacio. Los guardias leales se habían ido, descuidando su vigilancia, unos para coadyuvar á los preparativos de la fiesta, otros á festejarla por adelantado con el jarro en la mano.

Cocardasse, como se supondrá, era de los últimos, y habíase llevado con él á Berrichón para adiestrarlo en este otro deporte.

Y mientras Juan María y el gascón apuraban varias botellas y el marquesito y el conde recorrían la ciudad para obsequiar á sus novias, en el refugio de Gonzaga hacia Peyrolles el arqueo de la caja ante el Príncipe y Montaubert, resultando algunos puñados de libras, apenas suficientes para mantenerse Felipe y mantener á sus enrodados ocho días.

Su situación era en extremo crítica. Fracasado el golpe á la *Maison d'or*, ya triunfase ó resultara vencido en la suprema lucha próxima, se encontraría perdido y sin recursos. Pero no pensaba en ello; su sed de venganza ahogaba en él todo otro sentimiento, y no reflexionaba en lo que haría después de ver tendido á sus pies á su temible é implacable enemigo. Por lo pronto la fiebre le devoraba, y aguardaba con ansia la hora del supremo combate, el mo-



... algunos puñados de libras, apenas suficientes para mantenerse ocho días.

mento decisivo, el instante en que había de quemar su último cartucho.

Passepoil recorría melancólicamente las calles, satisfecho por el próximo casamiento de su *parisiensito*, pero pensando con tristeza en su inolvidable Maturina. No se daba cuenta de los lugares que recorría, ensimismado y taciturno.

De pronto, al volver una calle, ya de noche, oyó gritos de mujer demandando socorro en el fondo de una calleja. Galante como siempre corrió hacia donde sonaban las voces, y al acercarse vió á una mujer que se debatía entre dos hombres.

—¡Allá voy!—gritó el normando desnudando el acero.

Uno de los bultos separóse del grupo, y un hombrón se adelantó al encuentro de Passepoil.

—¡Cuernos de Lucifer! ¡Si es Passepoil! Ahora me pagarás la cojera.

La dama dió un grito y se desmayó.

El otro hombre se dispuso á ayudar á su compañero en la lucha.

—¡Tripas de un ciervo! ¡Pinto y el *Ballenal*...

Eran ellos, en efecto.

La lucha no fué larga. El hijo de la turinesa cayó el primero, atravesado el pecho de

una soberbia estocada, y poco después se desplomaba también Gruel, con los brazos abiertos y sin murmurar una sílaba.

El normando limpió su espada, enjugóse el sudor que aljofaraba su frente y se acercó á socorrer á la dama. Esta acababa de volver en sí, y exhaló una nueva exclamación, pero de júbilo.

—¡Passepoill...

—¡Maturinal...

En tanto que se explicaban los dos amantes, habían ido llegando al Palacio de Nevers nubes de costureras, peinadoras, modistas, perfumistas y joyeros enviados por Lagardère y Chaverny, los cuales, al regresar, hallaron á sus novias vestidas de blanco y preparadas para ir al altar. Estaban hermosísimas, tan bellas como lo están todas aquellas á quienes el amor transfigura en ese día memorable en que se disponen á pronunciar ante el sacerdote una sola palabra, la más dulce de todos los idiomas, hasta de los más rudos.

Si las horas trascurrían tan lentas y tediosas en la Audiencia regia durante los largos y abrumadores discursos del Canciller y de Mr. de Armenonville, ¡qué breves eran para los cuatro enamorados del palacio de Nevers!

Poco después de las cinco de la tarde, penetraron en el patio de honor tres carrozas de la corte, delicada atención del monarca, para

llevar al templo á los novios. Madame de Nevers, siempre vestida de negro, pues su luto tenía que terminar al acabar su vida, subió al primer carruaje con Aurora y Flor, Lagardère y Chaverny.

Las demás carrozas se llenaron con los fieles, con los que habían acompañado á los novios en las vicisitudes, y era justo le acompañasen en el triunfo, sin preocuparse de la gerarquía social.

Passepoil, no queriendo ya separarse de Maturina, á la que había llevado al palacio, metióse con ella, con Jacinta, con Madame Liebault y su inseparable Cocardasse; y Navailles ayudó á subir á la tercera carroza á Francisca Berrichón y Magdalena Giraud con igual galantería que si fueran dos marquesas. Antonio Laho, el leal y abnegado vasco que tanto había hecho por el conde y el marqués y sus novias, en España primero y luego en el mismo París, y Juan María completaban el cargamento. En el segundo vehículo, el gascón, nervioso y agitado, sin poderse estar un momento quieto, decía á su amigo, que muy amartelado con su Maturina y feliz sobre toda ponderación, casi no le hacía caso:

—¡Vamos, pronto! Mademoiselle Aurora tiene á su madre, pero el pequeño no tiene más familia que nosotros.

El cortejo se puso en marcha seguido de algunos curiosos que fueron aumentando en número; alguien lanzó al aire el nombre de Lagardère, y la multitud no necesitó más. Si hay un dios para los borrachos, hay otro, indudablemente, para los curiosos, el cual les sugiere, sin saber cómo, la inspiración del sitio á que deben acudir. Muy en breve todos se precipitaron, acortando camino, hacia Saint-Magloire, llegando á tiempo de ver desfilar á los novios entre una doble calle formada por alabarderos. El pueblo tiene inconsecuencias muy raras; los mismos que hubiesen asistido con el mayor gusto á una ejecución capital, se estrujaban y movían los codos para contemplar la entrada en el templo de los futuros esposos.

Las puertas abiertas de la iglesia proyectaban su luz deslumbradora sobre la multitud y los brillantes uniformes de los guardias franceses. En el fondo de la nave alcanzábase á ver el altar revestido de blanco y el clero con sus vestiduras recamadas de oro y pedrería.

Cuando Enrique, del brazo de la duquesa viuda, subía lentamente las gradas, la sensación de dos labios posándose en su mano le hizo bajar la vista. A su lado hallábase un mendigo que le contemplaba con orgullosa admiración.

—Con vuestro permiso, señora, permitid-

me cambiar dos palabras con este hombre...
¿Quién eres?

—Bien os he reconocido yo, capitán... Soy Carrigue.

—¡Tú, Carrigue!... Ven mañana á palacio... Ya no te separarás de mí. Entretanto, quiero que, pues yo soy feliz esta noche, lo seas tú. Toma.

Y entregó su bolsa al veterano. Este la rehusó noblemente, y con una mirada en la que resplandecían admiración, respeto y cariño, dijo:

—No; sólo vuestra mano, mi capitán, y tened mucho cuidado esta noche. Os están armando una emboscada.

—Señora—dijo Lagardère, continuando su marcha—este hombre fué un valiente, y yo lo tuve á mis órdenes cuando vos os dignásteis convertir en un hombre de corazón á un oficial frívolo, poniendo una niña en sus brazos.

Carrigue, el antiguo sargento de caballería ligera, había sorprendido parte de la conversación entre Gonzaga y el otro mendigo, y se apresuró á poner sobre aviso á su ex-capitán. También él velaba.

VII

El fin de la ceremonia.

Los cuatro novios cuya unión había de bendecir el sacerdote, hallábanse arrodillados en almohadones de terciopelo en medio del coro, y al otro lado de la verja que dividía la nave oraban en sus reclinatorios madame de Nevers y Melania Liebault.

De pronto llegó de la calle rumor de voces, de rodar de carrozas y de pisadas de caballos, y oyóse exclamar á la multitud:

—¡Los mosqueteros!... ¡Los mosqueteros!

La muchedumbre era tan compacta, tan grande el número de carruajes y el cortejo tan largo, que adelantaba con trabajo. El pueblo de París no se esperaba tan magnífica afluencia, y cuando el heraldo hubo lanzado el grito acostumbrado de: «¡El Rey, señores! ¡Paso al Rey!», la multitud se apretó y estrujó para ver bajar al adolescente Monarca, á quien acompañaban el duque de Orleans, el duque de Borbón, el cardenal Fleury y numeroso séquito de príncipes y princesas, saludándole con un clamor de alegría:

—¡Viva el Rey!

Luis XV se ufanaba con aquellas ovacio-